

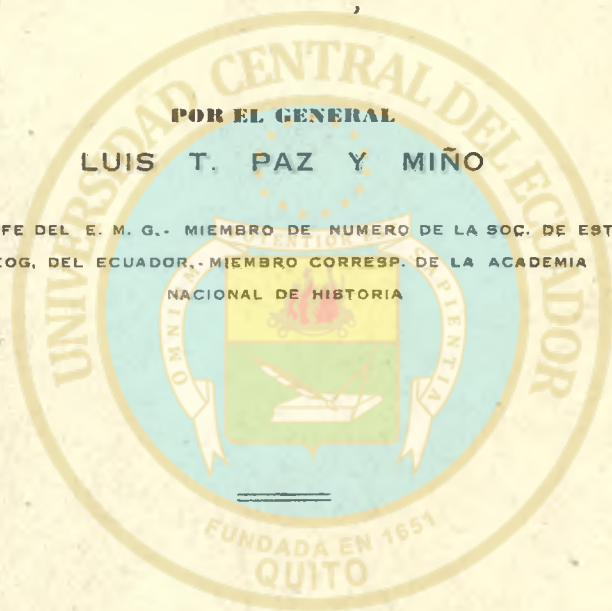
P

LA PIEDRA PINTADA DE CHAPUES

POR EL GENERAL

LUIS T. PAZ Y MIÑO

EX-JEFE DEL E. M. G.- MIEMBRO DE NUMERO DE LA SOC. DE EST.
GEOG. DEL ECUADOR.- MIEMBRO CORRESP. DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE HISTORIA



Quito - Ecuador
Imprenta Municipal
1946



Esta obra está sujeta a licencia Creative Commons:

Reconocimiento-NoComercial-SinObrasDerivadas, 3.0 Ecuador

(<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/ec/>). Se permite la reproducción total o parcial y la comunicación pública de la obra, siempre que no sea con finalidades comerciales y siempre que se reconozca la autoría de la obra original. No se permite la creación de obras derivadas.

LA PIEDRA PINTADA DE CHAPUES

POR EL GENERAL
LUIS T. PAZ Y MIÑO

EX-JEFE DEL E. M. G., MIEMBRO DE NUMERO DE LA SOC. DE EST.
GEOG. DEL ECUADOR. - MIEMBRO CORRESP. DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE HISTORIA



Quito - Ecuador
Imprenta Municipal
1946



La piedra pintada de Chapués

En "El Comercio", edición del domingo 6 de Octubre de 1942, apareció una breve relación del viaje que dos alumnos del Instituto Superior de Pedagogía y Letras, de esta Capital, efectuaron a la ciudad de Tulcán, con el objeto de realizar investigaciones y excavaciones de carácter arqueológico, en los alrededores de la citada población fronteriza.

Encabezando la citada publicación, se encuentra un dibujo, tomado del natural, con la reproducción de las figuras grabadas en el plano de la casi desconocida "Piedra Pintada de Chapués". En la relación a que estoy refiriéndome, no aparece descripción alguna de la piedra pintada, pues se concreta sólo a describir el importante asiento aborigen de "La Palizada"; pero en la edición del domingo 25 de Octubre del mismo año, asoma otro artículo en el que se enumera las dificultades con que, el señor Eduardo Martínez, actual Rector del Colegio Bolívar de Tulcán y los señores Miguel A. Puente y Francisco Romero, alumnos del citado Instituto de Pedagogía, tropezaron hasta encontrar la "Piedra Pinta-

da", cuya ubicación es en la actualidad, según parece, muy poco o nada conocida.

Tratemos de sintetizar, con la mayor brevedad posible, la descripción dada por el Sr. Miguel A. Puente.

El sitio denominado Chapués se halla a tres kilómetros, aproximadamente, al SE. (no al NE., como dice Puente), de la ciudad de Tulcán. En este sitio se hallan, con el dicho nombre de Chapués, la hacienda y un pepueño caserío de casas pajizas. Algunos centenares de metros más al SE. del caserío, en un corte del pronunciado saliente en que afloran los orígenes de la Quebrada de Taya, se encuentra la famosa piedra, "media escondida entre densos flecos de pintoresca maleza. La Piedra Pintada de Chapués es una roca de 2,50 metros de alto por 3,50 de largo; está incrustada en la cordillera que se levanta todavía unos doscientos metros más sobre la roca.—La cara con las inscripciones tiene una forma ovoidal, muy irregular; el color es gris oscuro, sobre el cual hay una capa, como de cal, en la cual se destacan los grabados, que debieron ser trazados con un instrumento agudo y de mayor consistencia que la piedra.—Según análisis del Capitán Rivadeneira, es una *andesita con impregnaciones de caliza blanca*; es decir, el agua, al deslizarse sobre aquella roca, ha ido depositando sedimentos calizos".

Sigue una descripción bastante prolija de los grabados y, finalmente, una tentativa de explicación del origen de los mismos.

Desde la primera vez que vimos el dibujo en que se reproducen los grabados de la piedra, nos llamó la atención un buen número de circunstancias, que, según hemos notado, pasaron desapercibidas para mucha gente. Comprendimos que esta huella rupestre de los indios *pastos* era un objeto digno de un detenido estudio; y que bien valía la pena de un viaje destinado especialmente a visitarlo.

Pero, a pesar de nuestro vehemente deseo de realizar una investigación personal de la "Piedra Pintada de Chapués", no hemos podido, por varios contratiempos, volver a la Provincia del Carchi, desde 1937. Con todo, gracias a algunos datos, y aclaraciones proporcionados por el Sr. Puente, hoy podemos volver a ocuparnos con el estudio de la piedra tantas veces citada.

Y ya que no nos es posible hablar de la ubicación precisa de la célebre roca; de la orientación que tiene la superficie grabada; de la constitución, las dimensiones y la forma de piedra; de si el plano que contiene los grabados es natural o artificial; de la perfección o la estilización de los dibujos; de la época en que probablemente fueron trazados; de las semejanzas que pudieran haber con otras reliquias rupestres de la misma región, por ejemplo

con el petroglifo de Atál, cerca de San Gabriel; de la técnica y de los instrumentos empleados por el autor desconocido, para la grabación de los dibujos, pues para ello, se requeriría de un estudio personal, *in situ*, tenemos que limitarnos a intentar una interpretación de los grabados, que, a nuestro modo de ver, constituyen una historia, o, talvez, una elegía.

Examinemos, en primer lugar, las figuras grabadas en la piedra, tal como nos han sido transcritas por el Sr. Puente.

Tomemos la primera fila superior, y sigamos en la dirección que damos a la escritura. La primera y la segunda figuras representan dos venados de diverso tamaño. A pesar de encontrarse dibujados con líneas de forma rudimentaria y simple, el trazado general es suficiente para dar idea inequívoca de los animales que el autor ha querido representar, y no de otros. [Ideas afines o subordinadas: páramo, velocidad de la carrera, cacería fatigosa, carne de buena calidad]. La tercera es una figura compuesta de dos superpuestas imágenes del sol. La imagen inferior presenta la particularidad de tener los ojos y la boca en un gesto risa. Representa, pues, un sol, alegre, *riente*. " [El día, un hermoso amanecer, un

buen día]. Del grupo, que materializa dos momentos distintos de la ascensión del sol, el inferior se levanta de una nube, de cuyo seno emergen las cumbres de dos montes vecinos. [Así se ve el amanecer en las alturas].

Tomemos la segunda fila. Nuevamente una representación más pequeña del sol. La diferencia del tamaño parece que hubiese sido intencionalmente señalada, como para indicar el momento en que el sol da menos luz. [La tarde, el sol parece más lejano, menos luminoso]. La segunda figura ya no es la imagen de un ser o de un objeto real, como las anteriores. Es algo más complejo que la imagen del sol o del venado. Y como seguramente tiene también alguna significación, como veremos más luego, debe considerarse entonces como un signo con el que se ha querido fijar una idea abstracta. Veamos: la circunferencia pequeña, de la parte izquierda de la figura, tal vez quiere representar un bohío pequeño; y las circunferencias más grandes, con un punto en el centro, que se ve a la derecha, tal vez representan un bohío más grande, como aquellos que, para sostener la techumbre, tenían un puntal en el centro del espacio habitable. Y, uniendo o enlazando, lo que consideramos como dos bohíos, se ve un signo en forma de 8 [ocho], o mejor dicho, de un lazo.

Veamos ahora la tercera línea. En primer lugar se ven las figuras de dos animales,

puestos frente a frente. Uno de ellos, el segundo, que tiene una cola larga, talvez representa un *puma*. [Carnívoro, animal de presa]. Mas allá, dos estrellas que tienen pocos rayos. [Poca luz, comienzo de la noche]. Y, por fin, una estrella grande. [Venus, la estrella de la tarde, o del pastor]. Y, bajo la luz de esa estrella, una figura humana tumbada, con un solo brazo y el vientre desgarrado. Y junto a la anterior, una figura humana más pequeña, como si fuera el hijo de la figura grande.

Esto es todo cuanto se encuentra en la “Piedra Pintada de Chapués”. Unas cuantas figuras grabadas—hacen muchos siglos, con seguridad—, de las cuales las trece representan la imagen de seres o de objetos reales; o, en otras palabras, son signos que no requieren interpretación, pues cualquiera que las ve, concibe la imagen del sol, de las estrellas, de los seres humanos y de los animales que el artista historiador se propuso indicar. Y sólo una figura, la No. 1, que necesita ser interpretada, porque, en resumidas cuentas, es una alegoría. Y ésta, para ser acertada, tiene que hallarse en coherencia con las ideas sugeridas y desarrolladas por las demás figuras.

De manera casi obligada hemos llegado, pues, al asunto sustancial de este pequeño estudio.

Las figuras grabadas en la “Piedra Pintada de Chapués”, ¿tienen alguna significación? Y el conjunto, ¿admite alguna interpretación?

No hay duda, es evidente.

Absolutamente improbable, quizás inadmisibile, es que un individuo cualquiera hubiera concurrido, al sitio de la piedra, sin un propósito definido, y no más que para tener un entretenimiento, durante todo el tiempo que fue necesario para la grabación de las figuras; o, dicho de otro modo, es improbable que nuestro desconocido artista dedicara tanto tiempo a la grabación de tantas y tan variadas figuras, por puro entretenimiento.

De no haber habido una idea directriz, un propósito definido, es improbable que el artista empleara la figura No. 1, que grafiza la expresión de una idea abstracta. Pues, si sólo de un pasatiempo se hubiese tratado, lo natural, lo aceptable sería suponer que el grabador habría trazado simples y desordenadas líneas, como las de la “Piedra de Atal”, o caprichosas figuras geométricas, como las que se encuentran en diferentes sitios.

Si no hubiesen habido esa idea directriz, ese pensamiento fijo, las figuras se hallaran desparramadas y puestas al azar, en completo desorden, como las figuras que se ven en el techo de la Cueva de Altamira. Y entonces no hubiese quedado la posibilidad de que se

descubriera un innegable ordenamiento en la colocación de los grabados.

Parece, pues, inevitable aceptar que cada una de las figuras grabadas en la “Piedra Pintada de Chapués” tienen una significación determinada, es decir que cada una de ellas es un signo empleado para expresar una idea; que el conjunto está dispuesto con un orden preciso, en concordancia con la intención preconcebida de expresar una idea, o, mejor dicho, una sucesión de ideas, simple y clara, como en la más clara de las narraciones. En virtud de esa disposición del conjunto, tan coherente, tan estrechamente conexo, sin esfuerzo se ve fluir una interpretación sencilla y justa.

Tenemos, pues, a la vista *un verdadero documento escrito*. A lo que sabemos, *la primera escritura* descubierta en la América del Sur.

Una escritura? Sí. Tal como suena.

Suponemos, desde luego, que los lectores no habrán olvidado que, para llegar al estado de perfección que tiene en la actualidad la escritura de la mayor parte de los pueblos cultos, la humanidad, desde cuando el hombre primitivo se sintió impulsado a considerar el dibujo —que talvez su mano trazó inconscientemente,— como imagen, y luego como un signo, del animal o del objeto que sus ojos vieron, ha tenido que recorrer penosamente un

larguísimo trayecto de milenios, hasta el momento actual. Y que en ese recorrido tuvo que pasar, inevitablemente, por etapas hoy perfectamente estudiadas y delimitadas. Y no habrán olvidado que en la primera etapa, llena con dos o tres períodos de mejoramiento, el hombre aprendió primero a dibujar, y que, antes de escribir palabras, comenzó por escribir ideas [1]. De allí que los historiadores designen ese sistema con el nombre de *escritura ideográfica*.

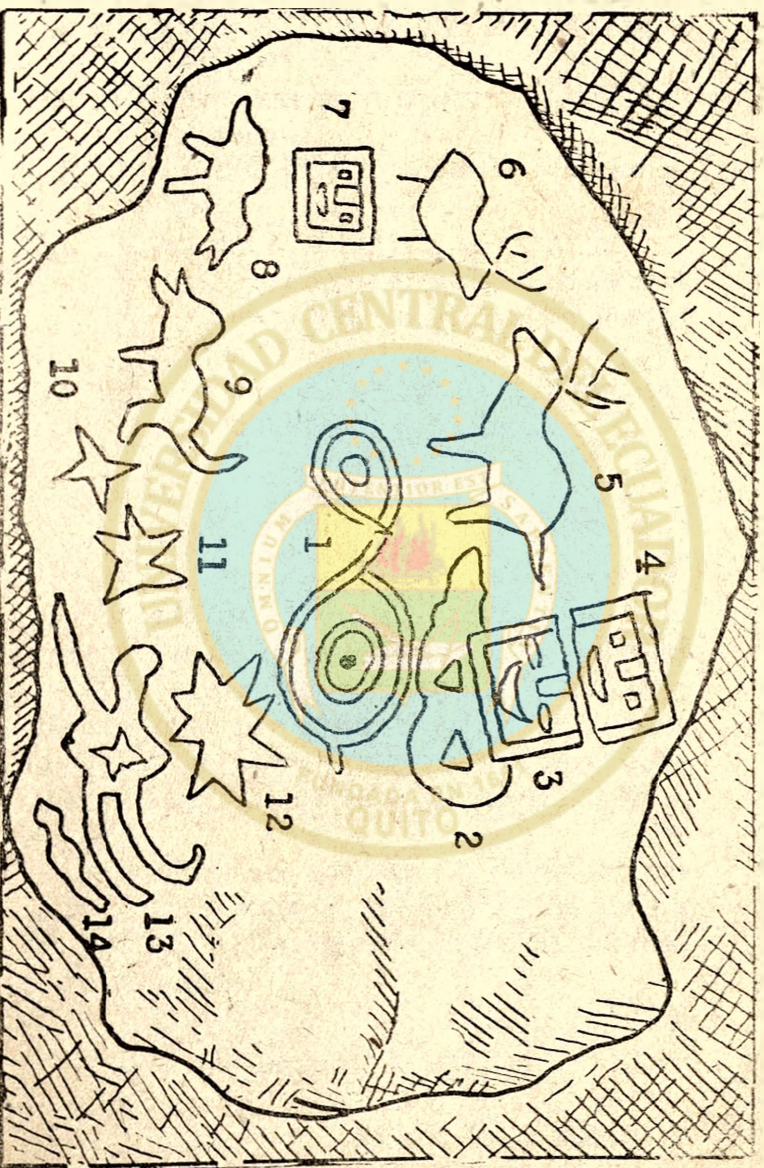
Pese a todos los inconvenientes, o mejor, a las deficiencias de este sistema de escritura, la *ideográfica* tiene la ventaja de que el texto en ella consignado puede ser interpretado, —vale más decir leído,— por cualquiera persona, aunque ignore la lengua que hablaba el que la escribió.

Y este es el caso del texto grabado en la “Piedra Pintada de Chapués”, que puede ser leído gracias a que el artista grabador no conocía la *escritura fonética* y menos la *literal*. Tanto que, si en lugar de los catorce ideogramas que estamos estudiando, nos hubiésemos encontrado con signos fonéticos o mixtos, como el cuneiforme asirio, o como los geroglíficos egipcios, toda tentativa de interpretación habría resultado inútil.

[1] VENDRYES.— El Lenguaje. Barcelona, 1925.—
pág. 427.

Y vengamos ahora a desentrañar lo que narra la piedra.

- Fig. 1.—Hubo aquí un hombre noble. Poseía un gran bohío. Se unió en matrimonio con una muchacha de un bohío vecino. Y se amaban mucho. Y tuvieron un hijo.
- Fig. 2.—Un día en que las nubes amanecieron tendidas en los flancos de la cordillera, dejando ver, apenas, las más altas cumbres de los montes;
- Fig. 3.—y mientras el sol se levantaba riendo sobre el mar de nubes, el mozo salió de su bohío.
- Fig. 4.—Cuando el sol estuvo alto, se dirigió al páramo vecino, en son de cacería.
- Fig. 5.—Tuvo la suerte de encontrar un venado grande, de alta cornamenta;
- Fig. 6.—y más tarde, un venado pequeño;
- Fig. 7.—El sol había ya principiado a descender, cuando el mozo inició el regreso a casa.
- Fig. 8.—En el camino vió un animal pequeño que iba en su misma dirección.
- Fig. 9.—Horas después encontró un animal de presa, un *puma*, que venía en dirección contraria. Llevaba algo en el hocico.



Grabados de la piedra blanca de Chapués, en la Ciudad de Tulcán.



Fig. 10.—Y en la hora en que principiaron a aparecer

Fig. 11.—las primeras estrellas, fue llegando al bohío.

Fig. 12.—Y allí, bajo la luz de la gran estrella,

Fig. 13.—encontró el cadáver de su mujer, horriblemente destrozado. Le faltaba un brazo y el vientre estaba desgarrado.

Fig. 14.—Y junto al cadáver de su mujer, yacía también el de su hijo.

El artista que grabó ese texto en la “Piedra Pintada de Chapués”, ¿narró su propia historia, o la de un cacique que le fue querido?

Nos inclinamos a creer en lo primero: más aceptable parece que haya sido el hombre que grabó la piedra el mismo que quiso eternizar su dolor, dejándonos la narración de su tragedia.

No sería raro que en las inmediaciones de la piedra pintada se encontraran las huellas del bohío y, talvez, también la tumba del desconocido artista.

24 de Octubre de 1946.

Luis T. Paz y Miño.

